

***VICENTE
BLASCO IBÁÑEZ***



***LOS CUATRO JINETES
DEL APOCALIPSIS***

Vicente Blasco Ibáñez

Los cuatro jinetes del Apocalipsis

Edición enriquecida.

Introducción, estudios y comentarios de Inés Ferrer

EAN 8596547395010

Editado y publicado por DigiCat, 2022



Índice

[Introducción](#)

[Sinopsis](#)

[Contexto Histórico](#)

[Los cuatro jinetes del Apocalipsis](#)

[Análisis](#)

[Reflexión](#)

[Citas memorables](#)

[Notas](#)

Introducción

[Índice](#)

Cuando la historia se vuelve cataclismo, la vida privada descubre que sus dilemas son apenas un eco de fuerzas que no controla. En *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, Vicente Blasco Ibáñez convierte esa intuición en una novela de aliento épico que mide la fragilidad de los afectos frente a la marea del siglo. Desde sus primeras páginas, el libro organiza un choque entre lo doméstico y lo colectivo, entre la ambición individual y un conflicto que desborda fronteras. Sin adelantar su desarrollo, basta decir que el lector entra en un mundo reconocible y vibrante, pronto vulnerado por una violencia que reclama todos los vínculos.

Publicada en la década de 1910, en plena Primera Guerra Mundial, la obra se sitúa en el territorio movedizo de una novela realista y de ideas, atravesada por la modernidad bélica. La ambientación se desplaza entre la Argentina rioplatense y Europa, con especial relieve de Francia, para cartografiar un espacio cosmopolita que la guerra somete a prueba. Ibáñez, autor español de amplia proyección, compone una geografía social detallada donde conviven estancias, salones urbanos y paisajes de movilización. Este marco temporal y espacial permite leer el libro como crónica emocional de su tiempo y, a la vez, como construcción literaria consciente de su alcance.

El punto de partida reúne a una familia de origen europeo asentada en América con lazos materiales y afectivos que la conectan con distintos países del Viejo Mundo. En ese tejido de parentescos, fortuna y aspiraciones, el estallido de la guerra agrieta lealtades, reordena prioridades y vuelve inciertos los horizontes privados. La narración acompaña el

tránsito de espacios de prosperidad hacia escenarios tensos donde la decisión de cada personaje se torna gesto público. Lo que sigue es menos una trama bélica que un mapa de relaciones que se tensan bajo presión histórica, sin exigir del lector conocimientos previos para orientarse.

Ibáñez despliega una voz omnisciente y vehemente, atenta tanto al detalle cotidiano como a los grandes movimientos colectivos. El estilo combina energía retórica e imagería simbólica con un nervio narrativo que busca el efecto directo: la frase avanza, describe, juzga y convoca. La estructura alterna escenas íntimas con amplios frescos, y construye un coro de miradas que amplía la percepción del conflicto. El tono es grave, a ratos exaltado, y contiene una voluntad de persuasión moral propia del momento histórico. El resultado es una lectura absorbente que balancea pasión y claridad, argumento y atmósfera, sin perder ritmo.

Los temas que vertebran la novela —nacionalismo, identidad y pertenencia; migración y cosmopolitismo; poder económico y responsabilidad moral; técnica moderna y destrucción— se cristalizan en historias de familia. La metáfora apocalíptica no solo nombra la devastación, sino que organiza la reflexión sobre cómo el progreso puede volverse fuerza ciega. La obra indaga en los límites de la neutralidad personal, el papel de los mitos patrióticos y la tentación de confundir prestigio social con valor. También observa el impacto de la propaganda, las masculinidades en conflicto y la fragilidad de los pactos cuando las instituciones se endurecen bajo la urgencia bélica.

Leída hoy, la novela dialoga con realidades contemporáneas: polarización política, desplazamientos transnacionales, crisis de información, economías interdependientes y guerras que estallan sobre cotidianos aparentemente seguros. Su mirada sobre familias

atravesadas por lealtades cruzadas recuerda que las identidades múltiples no desaparecen ante las consignas nacionales. Además, la obra ofrece claves para pensar el precio humano de la retórica belicista y la normalización de la violencia. Invita a considerar cómo el miedo, la desigualdad y el deseo de reconocimiento alimentan decisiones colectivas de enorme costo. Por eso su vigencia no depende del archivo histórico, sino del pulso ético que lo anima.

Para el lector actual, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* promete una experiencia doble: el placer de una narración amplia, que integra melodrama y crónica social, y el desafío de interrogar nuestras certezas. Sin adelantar desenlaces, puede decirse que el planteamiento inicial —vínculos familiares entre continentes sometidos al colapso de un orden— basta para impulsar una reflexión sobre responsabilidad y pertenencia. La prosa enérgica sostiene una tensión constante y otorga espesor a personajes situados en dilemas plausibles. Leerla hoy es examinar, con distancia y emoción, cómo la historia sacude a los individuos y qué margen conservan para elegir.

Sinopsis

[Índice](#)

Publicada en 1916 por Vicente Blasco Ibáñez, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* narra el impacto de la Primera Guerra Mundial en una familia dividida entre Francia y Alemania, con raíces en la Argentina. La novela entrelaza escenarios rurales y urbanos, desde las estancias rioplatenses hasta el París de la Belle Époque y los paisajes devastados del frente. Su planteamiento parte de una saga familiar próspera que, al expandirse por Europa, se vuelve un microcosmos de tensiones nacionales y morales. Blasco Ibáñez combina observación social, impulso épico y mirada periodística para describir la irrupción de la violencia moderna y sus efectos íntimos.

El arranque sitúa al lector en la vasta hacienda de un patriarca inmigrante en la pampa, cuya riqueza cimienta el porvenir de sus dos hijas. Una contrae matrimonio con Marcelo Desnoyers, francés ambicioso que proyecta su fortuna en París; la otra se vincula con un alemán de apellido Hartrott, identificado con la disciplina y el orgullo nacional. La herencia y las afinidades culturales trazan un mapa afectivo que anticipa lealtades en conflicto. Cuando el viejo fundador muere, los clanes se separan por destinos geográficos y convicciones, sin sospechar que, en pocos años, Europa trasladará sus divisiones al interior mismo de la familia.

En París, el hogar de los Desnoyers prospera en los últimos compases de la Belle Époque. Julio, hijo del matrimonio, encarna la despreocupación de una juventud cosmopolita: vive del arte, del baile y de un amor clandestino con una mujer casada, ensimismado en placeres y bohemia. El

mundo que habita confía en el progreso y la elegancia como refugios frente a la política. Sin embargo, en su edificio un vecino ruso, lector voraz y visionario, recuerda que la historia no se detiene y convoca imágenes sombrías: los cuatro jinetes bíblicos como metáfora de fuerzas desatadas que acechan a Europa.

El estallido de 1914 fractura esas certezas. La movilización general transforma la rutina en urgencia, y las fronteras, antes difusas, se endurecen. Parientes, amigos y vecinos adoptan posiciones marcadas por pasaportes, idiomas y periódicos. Los Hartrott regresan a su esfera germana; los Desnoyers ensayan la defensa de lo propio en Francia. El éxodo civil, la censura y el reclutamiento componen un telón de fondo en que la guerra aparece tanto como maquinaria industrial como experiencia íntima. El discurso apocalíptico del vecino reaparece, no como profecía sobrenatural, sino como lectura simbólica de un orden que se desmorona bajo presiones colectivas.

Marcelo, ahora cabeza visible de su ramo, confronta el conflicto desde la propiedad y la memoria. Su residencia campestre, situada cerca de zonas de combate, es requisada y convertida en cuartel por el invasor, y se vuelve espejo de una lógica implacable donde la cultura convive con la destrucción. A través de él, la novela muestra ocupaciones, requisas y jerarquías militares, así como la vulnerabilidad de los civiles ante decisiones impersonales. No se trata de un catálogo de atrocidades, sino de la constatación de cómo la administración de la guerra absorbe paisajes, bienes y biografías, desdibujando límites entre lo público y lo privado.

Para Julio, la conmoción adopta la forma de una prueba moral. La distancia entre sus gustos estéticos y el sufrimiento colectivo se vuelve insoportable, y su vínculo

amoroso se redefine bajo la presión del deber. La novela sigue su tránsito desde la frivolidad hacia la responsabilidad, ubicado ya no en salones sino en la proximidad del frente, donde el compañerismo y el miedo componen una pedagogía nueva. En paralelo, la rama alemana de la familia participa del conflicto desde el otro lado, situando la lealtad de la sangre frente a la lealtad nacional y exponiendo el coste humano de las identidades en pugna.

Los cuatro jinetes del Apocalipsis asienta su fuerza en una doble mirada: el fresco histórico de una contienda que inaugura la era de la guerra total y la parábola íntima de una familia desgarrada por banderas. La imagen bíblica que le da título opera como clave de lectura del siglo, más alegoría que diagnóstico literal. Con prosa dinámica y vocación panorámica, Blasco Ibáñez examina nacionalismos, modernidad técnica y responsabilidades individuales. Su vigencia reside en interrogar cómo prosperidad y cosmopolitismo pueden desvanecerse ante pulsiones colectivas, y en invitar a reconocer, sin desvelar desenlaces concretos, los dilemas morales que sobreviven más allá del frente.

Contexto Histórico

[Índice](#)

Los cuatro jinetes del Apocalipsis, publicada en 1916, es una novela del escritor y periodista valenciano Vicente Blasco Ibáñez, figura destacada del republicanismo laico en la España de la Restauración. Concebida y escrita durante la Primera Guerra Mundial, su marco transatlántico enlaza Buenos Aires con París y el frente occidental. El autor aprovecha escenarios y conflictos contemporáneos, sin apartarse de hechos verificables, para situar personajes inmersos en una época de tensiones sociales y políticas. La obra se alimenta del clima bélico y del derrumbe de seguridades previas a 1914, poniendo en diálogo realidades de América del Sur y de Europa en guerra.

La Europa de la Belle Époque, previa a 1914, combinaba crecimiento industrial, avances científicos y una intensa rivalidad entre potencias. Se consolidaron alianzas opuestas: la Triple Alianza (Alemania, Austria-Hungría e Italia) y la Triple Entente (Francia, Reino Unido y Rusia). El nacionalismo, el servicio militar obligatorio y los planes de los Estados Mayores, como el Plan Schlieffen, prepararon el terreno para un conflicto a gran escala. El asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo (28 de junio de 1914) desató la crisis de julio. La invasión alemana de Bélgica en agosto activó compromisos internacionales y transformó la guerra en un enfrentamiento continental.

En Francia, Tercera República desde 1870, la movilización de 1914 cristalizó en la llamada “union sacrée”, que aglutinó fuerzas políticas ante la guerra. La ley de tres años había reforzado el servicio militar. Tras el avance inicial alemán, la batalla del Marne (septiembre de 1914) frenó la ofensiva y

dio paso a la guerra de trincheras, un frente continuo del mar del Norte a los Alpes. Episodios como Verdún (1916) ejemplificaron la guerra de desgaste. La población civil padeció ocupaciones parciales en el norte y este, bombardeos aéreos sobre París, racionamiento y desplazamientos, experiencias que la narrativa contemporánea incorporó como parte del paisaje bélico.

En el Imperio alemán (Kaiserreich), la cultura política estaba marcada por el peso del cuerpo de oficiales prusiano y una organización militar moderna. El estallido de 1914 produjo el Burgfrieden, tregua política interna. A partir de 1916, la conducción de Hindenburg y Ludendorff intensificó la economía de guerra y el control estatal. El bloqueo aliado y las exigencias del frente generaron escasez, racionamiento y episodios como el “invierno del nabo” de 1916-1917. La propaganda y la censura acompañaron la movilización total. Estos rasgos, ampliamente documentados, informan la representación de mentalidades, jerarquías y disciplina que las obras de la época atribuyeron a la sociedad alemana.

Argentina, escenario clave de la novela, vivió entre 1880 y 1914 una masiva inmigración europea, principalmente italiana y española, que transformó Buenos Aires en una metrópolis cosmopolita. El modelo agroexportador, sostenido por capital británico y redes ferroviarias, enriqueció a estancieros y comerciantes. La Ley Sáenz Peña (1912) introdujo el sufragio masculino universal, y en 1916 fue elegido Hipólito Yrigoyen. Durante la Gran Guerra, Argentina mantuvo la neutralidad. Las familias con inversiones, educación y vínculos sentimentales en Europa siguieron el conflicto con intensidad. Este trasfondo de movilidad social, mezcla cultural y lazos transatlánticos es fundamental para entender el horizonte social desde el que se proyecta la historia.

La circulación transoceánica de personas, capitales e ideas unió el Río de la Plata y Europa antes de 1914: líneas de vapores, prensa internacional, modas y músicas viajaban en ambos sentidos. París, epicentro cultural, acogió desde 1912-1914 la “locura del tango”, síntoma de ese intercambio. España, neutral entre 1914 y 1918, vivió un debate público entre aliadófilos y germanófilos. Blasco Ibáñez, firmemente aliadófilo, defendió en artículos y conferencias la causa de la Entente. Ese posicionamiento, junto con su experiencia de periodista y viajero, contribuyó a una mirada comparativa que integra miradas francesas, germánicas y rioplatenses sin abandonar los hechos del conflicto.

El clima intelectual de guerra generó obras y discursos que mezclaron testimonio, denuncia y propaganda. En Francia, textos como *Le Feu* (1916) de Henri Barbusse aportaron un realismo de trincheras; al mismo tiempo, el pacifismo de Romain Rolland reclamó distancia crítica. La Cruz Roja y organizaciones humanitarias extendieron su acción internacional, mientras los estados difundían carteles y boletines para sostener la moral. La imaginería apocalíptica, heredera de tradiciones religiosas y del pesimismo fin-de-siècle, circuló en prensa y arte, ofreciendo metáforas poderosas para nombrar la devastación. Ese repertorio simbólico proporciona a la novela claves expresivas reconocibles para sus lectores contemporáneos.

En este marco, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* refleja el derrumbe del orden cosmopolita previo a 1914 y examina los costos humanos de la movilización total. La obra contrapone expectativas de prosperidad y elegancia de la Belle Époque con la brutalidad industrializada del frente y las privaciones civiles. Al conectar Argentina y Europa, incorpora una perspectiva transnacional sobre lealtades, identidades y vínculos familiares atravesados por la guerra.

Sin anticipar su trama, puede afirmarse que la novela cuestiona el militarismo y el nacionalismo exaltado, y emplea imágenes apocalípticas para subrayar, con intención crítica, la magnitud histórica de la catástrofe.

Los cuatro jinetes del Apocalipsis

[Tabla de Contenidos Principal](#)

Parte 1

Parte 2 New Part

Parte 3 New Part

Prólogo

En julio de 1914 noté los primeros indicios de la próxima guerra europea, viniendo de Buenos Aires a las costas de Francia en el vapor alemán König Friedrich August^[1]. Era el mismo buque que figura en los primeros capítulos de esta obra. No quise cambiar ni desfigurar su nombre. Copias exactas del natural son también los personajes alemanes que aparecen en el principio de la novela.

Los oí hablar con entusiasmo de la guerra preventiva y celebrar, con una copa de champaña en la mano, la posibilidad, cada vez más cierta, de que Alemania declarase la guerra, sin reparar en pretextos. ¡Y esto en medio del Océano, lejos de las grandes agrupaciones humanas, sin otra relación con el resto del planeta que las noticias intermitentes y confusas que podía recoger la telegrafía sin hilos del buque en aquel ambiente agitado por los mensajes ansiosos que cruzaban todos los pueblos!... Por eso sonrío con desprecio o me indigno siempre que oigo decir que Alemania no quiso la guerra y que los alemanes no estaban deseosos de llegar a ella cuanto antes.

El primer capítulo de Los cuatro jinetes del Apocalipsis me lo proporcionó un viaje casual a bordo del último transatlántico germánico que tocó Francia.

Viviendo semanas después en el París solitario de principios de septiembre de 1914, cuando se desarrolló la primera batalla del Marne y el Gobierno francés tuvo que trasladarse a Burdeos por medida de prudencia, al ambiente extraordinario de la gran ciudad me sugirió todo el resto de la presente novela. Marchando por las Avenidas afluentes al Arco del Triunfo, que en aquellos días parecían de una ciudad muerta y contrastaban, por su fúnebre soledad, con los esplendores y riquezas de los tiempos pacíficos, tuve la

visión de los cuatro jinetes, azotes de la Historia, que iban a trastornar por muchos años el ritmo de nuestra existencia.

Después de la batalla salvadora del Marne, cuando el Gobierno volvió a instalarse en París, conversé un día con monsieur Poincaré, que era entonces presidente de la República.

Poincaré ama la literatura más que la política.

-Yo soy el abogado de los escritores -dice con orgullo, como si éste fuese el mejor de los títulos-. Yo defendía en todos sus pleitos a la Academia Goncourt.

El presidente de la República quiso felicitarme por mis escritos espontáneos a favor de Francia en los primeros y más difíciles momentos de la guerra, cuando el porvenir se mostraba oscuro, incierto, y bastaban los dedos de una mano para contar en el extranjero a los que sosteníamos franca y decididamente a los aliados.

-Quiero que vaya usted al frente -me dijo-, pero no para escribir en los periódicos. Eso pueden hacerlo muchos. Vaya como novelista. Observe, y tal vez de su viaje nazca un libro que sirva a nuestra causa.

Gracias al presidente de la República, pude ver todo el inmenso escenario de la batalla del Marne, cuando aún estaban recientes las huellas de este choque gigantesco. Por sus recomendaciones viví en un pueblecito cerca de Reims, donde estaba el cuartel general de Franchet d'Esperey, jefe del quinto ejército.

Luego, Franchet d'Esperey, en el último año de la guerra, mandó el ejército de Oriente, venció a los búlgaros, obligándolos a pedir la paz, y aceleró con ello la terminación general de la lucha. Hoy es mariscal de la República francesa.

Esta novela la escribí en París cuando los alemanes estaban a unas docenas de kilómetros de la capital, y bastaba tomar un automóvil de alquiler en la plaza de la Ópera para hallarse en menos de una hora a pocos metros de sus trincheras, oyendo sus conversaciones a través del

suelo siempre que cesaba el traquetear de fusiles y ametralladoras, restableciéndose el silencio sobre los desolados campos de muerte.

La falta de medios de comunicación dentro de París y la escasez de dinero que trajo para muchos la guerra, me obligaron a abandonar la elegante casita con jardín que ocupaba en las inmediaciones del Bosque de Bolonia, instalándome en un barrio vulgarísimo del centro, en una casa de numerosos habitantes, cuyas paredes y tabiques dejaban pasar los sonidos como si fuesen de cartón.

La guerra parecía atraernos y aglomerarnos a los habitantes de la ciudad. Nuestra vida tenía algo de campamento. Los niños jugaban en la calle lo mismo que en un villorrio: toda clase de ruidos e incomodidades eran tolerados. ¡Quién iba a quejarse, como en los tiempos normales, cuando la única preocupación era saber si el enemigo había avanzado o retrocedido, y al cerrar la noche todos mirábamos inquietos la negrura del cielo cortada por las mangas luminosas de los reflectores, preguntándonos si dormiríamos en paz o si las escuadrillas aéreas, con sus proyectiles, vendrían a interrumpir nuestro sueño!...

En los diversos pisos de mi casa existían cuatro pianos, y todos ellos sonaban desde las primeras horas de la mañana hasta después de medianoche. Las vecinas distraían su aburrimiento o su inquietud con un pianoteo torpe y monótono, pensando en el marido, en el padre o en el novio que estaban en el frente. Además, había que preocuparse del carbón, que era puro barro y no calentaba; del pan de guerra, nocivo para el estómago; de la mala calidad de los víveres, de todas las penalidades de una vida triste, mezquina y sin gloria a espaldas de un ejército que se bate.

Nunca trabajé en peores condiciones. Tuve las manos y el rostro agrietados por el frío; usé zapatos y calcetines de combatiente, para sufrir menos los rigores del invierno.

Así escribí Los cuatro jinetes del Apocalipsis.

Reconozco que hoy no podría terminar una novela en aquella menguada habitación, con tres pianos sobre la cabeza, otro piano bajo los pies, y una ventana al lado dando sobre una calle maloliente, por la carencia de limpieza pública, donde jugaban a gritos docenas de chiquillos faltos de padres, pues éstos sólo de tarde en tarde podían alcanzar un permiso para volver del frente. Además, transitaban por ella sin descanso cantores populares y toda clase de estrépitos, excepcionalmente tolerados.

Pero el ambiente heroico de la guerra influía en nosotros, y durante cuatro años vivimos todos en París de un modo que nos asombra ahora al recordarlo.

La novela imaginada y escrita en un piso de la rue Rennequin ha dado después la vuelta a la Tierra, siendo traducida a los idiomas de todos los pueblos civilizados y obteniendo en algunos de éstos -los más importantes y poderosos- un éxito que nunca llegué a sospechar.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ, 1923

Parte 1

[Índice](#)

Contenido

[**Capítulo 1** En el jardín de la capilla expiatoria](#)

[**Capítulo 2** El centauro Madariaga](#)

[**Capítulo 3** La familia Desnoyers](#)

[**Capítulo 4** El primo de Berlín](#)

[**Capítulo 5** Donde aparecen los Cuatro Jinetes](#)

Capítulo 1

En el jardín de la capilla expiatoria

[Índice](#)

Debían encontrarse a las cinco de la tarde en el pequeño jardín de la Capilla Expiatoria[2]; pero Julio Desnoyers llegó media hora antes, con la impaciencia del enamorado que cree adelantar el momento de la cita presentándose con anticipación. Al pasar la verja por el bulevar Haussmann[3], se dio cuenta repentinamente de que en París el mes de julio pertenece al verano. El curso de las estaciones era para él en aquellos momentos algo embrollado que exigía cálculos.

Habían transcurrido cinco meses desde las últimas entrevistas en este square que ofrece a las parejas errantes el refugio de una calma húmeda y fúnebre junto a un bulevar de continuo movimiento y en las inmediaciones de una gran estación de ferrocarril. La hora de la cita era siempre las cinco. Julio veía llegar a su amada a la luz de los reverberos, encendidos recientemente, con el bulto envuelto en pieles y llevándose el manguito al rostro lo mismo que un antifaz. La voz dulce, al saludarlo, esparcía su respiración congelada por el frío: un nimbo de vapor blanco y tenue. Después de varias entrevistas preparatorias y titubeantes, abandonaron definitivamente el jardín. Su amor había adquirido la majestuosa importancia del hecho consumado, y fue a refugiarse de cinco a siete en un quinto piso de la rue de la Pompe, donde tenía Julio su estudio de pintor. Las cortinas bien corridas sobre el ventanal de cristales, la chimenea ardiente esparciendo palpitaciones de púrpura como única luz de la habitación, el monótono canto

del samovar hirviendo junto a las tazas de té, todo el recogimiento de una vida aislada por el dulce egoísmo, no les permitió enterarse de que las tardes iban siendo más largas, de que afuera aún lucía a ratos el sol en el fondo de los pozos de nácar abiertos en las nubes, y que la primavera, una primavera tímida y pálida, empezaba a mostrar sus dedos verdes en los botones de las ramas, sufriendo las últimas mordeduras del invierno, negro jabalí que volvía sobre sus pasos.

Luego, Julio había hecho un viaje a Buenos Aires, encontrando en el otro hemisferio las últimas sonrisas del otoño y los primeros vientos helados en la Pampa. Y cuando se imaginaba que el invierno era para él la eterna estación, pues le salía al paso en sus cambios de domicilio de un extremo a otros del planeta, he aquí que se le aparecía inesperadamente el verano en este jardín de barrio.

Un enjambre de niños correteaba y gritaba en las cortas avenidas alrededor del monumento expiatorio. Lo primero que vio Julio al entrar fue un aro que venía rodando hacia sus piernas empujado por una mano infantil. Luego tropezó con una pelota. En torno de los castaños se aglomeraba el público habitual de los días calurosos, buscando la sombra azul acribillada de puntos de luz. Eras criadas de las casas próximas que hacían labores o charlaban, siguiendo con mirada indiferente los juegos violentos de los niños confiados a su vigilancia, burgueses del barrio que descendían al jardín para leer su periódico, haciéndose la ilusión de que los rodeaba la paz de los bosques. Todos los bancos estaban llenos. Algunas mujeres ocupaban taburetes plegadizos de lona, con el aplomo que confiere el derecho de propiedad. Las sillas de hierro, asientos sometidos a pago, servían de refugio a varias señoras cargadas de paquetes, burguesas de los alrededores de París que esperaban a otros individuos de su familia para tomar el tren en la gare Saint-Lazare[4]... Y Julio había propuesto en una carta neumática el encontrarse, como en otros tiempos,

en este lugar, por considerarlo poco frecuentado. Y ella, con no menos olvido de la realidad, fijaba en su respuesta la hora de siempre, las cinco, creyendo que, después de pasar unos minutos en el Printemps[5] o las Galerías con pretexto de hacer compras, podría deslizarse hasta el jardín solitario, sin riesgos a ser vista por algunos de sus numerosos conocidos.

Desnoyers gozó una voluptuosidad casi olvidada -la del movimiento en un vasto espacio- al pasear haciendo crujir bajo sus pies los granos de arena. Durante veinte días, sus paseos habían sido sobre tablas, siguiendo con el automatismo de un caballo de picadero la vista ovoidal de la cubierta de un buque. Sus plantas, habituadas a un suelo inseguro, guardaban aún sobre la tierra firme cierta sensación de movilidad elástica. Sus idas y venidas no despertaban la curiosidad de las gentes sentadas en el paseo. Una preocupación común parecía abarcar a todos, hombres y mujeres. Los grupos cruzaban en alta voz sus impresiones. Los que tenían un periódico en la mano veían aproximarse a los vecinos con sonrisa de interrogación. Habían desaparecido de golpe la desconfianza y el recelo que impulsan a los habitantes de las grandes ciudades a ignorarse mutuamente, midiéndose con la vista cual si fuesen enemigos.

«Hablan de la guerra[1q] -se dijo Desnoyers-. Todo París sólo habla a estas horas de la posibilidad de la guerra».

Fuera del jardín se notaba igualmente la misma ansiedad que hacía a las gentes fraternales e igualitarias. Los vendedores de periódicos pasaban por el bulevar voceando las publicaciones de la tarde. Su carrera furiosa era cortada por las manos ávidas de los transeúntes, que se disputaban los papeles. Todo lector se veía rodeado de un grupo que le pedía noticias o intentaba descifrar por encima de sus hombros los gruesos y sensacionales rótulos que encabezaban la hoja. En la rue des Mathurins, al otro lado del square, un corro de trabajadores, bajo el toldo de una

taberna, oía los comentarios de un amigo, que acompañaba sus palabras agitando el periódico con ademanes oratorios. El tránsito en las calles, el movimiento general de la ciudad, era lo mismo que en otros días; pero a Julio le pareció que los vehículos iban más aprisa, que había en el aire un estremecimiento de fiebre, que las gentes hablaban y sonreían de un modo distinto. Todos parecían conocerse. A él mismo lo miraban las mujeres del jardín como si le hubiesen visto en los días anteriores. Podía acercarse a ellas y entablar conversación, sin que experimentasen extrañeza.

«Hablan de la guerra», volvió a repetirse; pero con la conmiseración de una inteligencia superior que conoce el porvenir y se halla por encima de las impresiones del vulgo.

Sabía a qué atenerse. Había desembarcado a las diez de la noche, aún no hacía veinticuatro horas que pisaba tierra, y su mentalidad era la de un hombre que viene de lejos, a través de las inmensidades oceánicas, de los horizontes sin obstáculos, y se sorprende viéndose asaltado por las preocupaciones que gobiernan a los grandes grupos humanos. Al desembarcar había estado dos horas en un café de Boulogne, contemplando cómo las familias burguesas pasaban la velada en la monótona placidez de una vida sin peligros. Luego, el tren especial de los viajeros de América le había conducido a París, dejándolo a las cuatro de la madrugada en un andén de la estación del norte entre los brazos de Pepe Argensola, joven español al que llamaba unas veces mi secretario y otras mi escudero, por no saber con certeza qué funciones desempeñaba cerca de su persona. En realidad era una mezcla de amigo y de parásito, el camarada pobre complaciente y activo que acompañaba al señorito de familia rica en mala inteligencia con sus padres, participando de las alternativas de su fortuna, recogiendo las migajas de los días prósperos e inventando expedientes para conservar las apariencias en las horas de penuria.

-¿Qué hay de la guerra? -le había dicho Argensola antes de preguntarle por el resultado de su viaje-. Tú vienes de fuera y debes de saber mucho.

Luego se había dormido en su antigua cama, guardadora de gratos recuerdos, mientras el secretario paseaba por el estudio hablando de Servia, de Rusia y del káiser. También este muchacho escéptico para todo lo que no estuviese en relación con su egoísmo, parecía contagiado por la preocupación general. Cuando despertó, la carta de ella citándole para las cinco de la tarde contenía igualmente algunas palabras sobre el temido peligro. A través de su estilo de enamorada, parecía transpirar la preocupación de París. Al salir en busca del almuerzo, la portera, con pretexto de darle la bienvenida, le había pedido noticias. Y en el restaurante, en el café, en la calle, siempre la guerra... , la posibilidad de una guerra con Alemania...

Desnoyers era optimista. ¿Qué podían significar estas inquietudes para un hombre como él, que acababa de vivir más de veinte días entre alemanes, cruzando el Atlántico bajo la bandera del Imperio?

Había salido de Buenos Aires en un vapor de Hamburgo: el König Friedrich August. El mundo estaba en santa tranquilidad cuando el buque se alejó de tierra. Sólo en México blancos y mestizos se exterminaban revolucionariamente, para que nadie pudiese creer que el hombre es un animal degenerado por la paz. Los pueblos demostraban en el resto del planeta una cordura extraordinaria. Hasta en el transatlántico, el pequeño mundo de pasajeros de las más diversas nacionalidades parecía un fragmento de la sociedad futura implantado como ensayo en los tiempos presentes, un boceto del mundo del porvenir, sin fronteras ni antagonismos de razas.

Una mañana, la música de abordó que hacía oír todos los domingos el Coral, de Lutero, despertó a los durmientes de los camarotes de primera clase con la más inaudita de las alboradas. Desnoyers se frotó los ojos creyendo vivir aún en

las alucinaciones del sueño. Los cobres alemanes rugían la Marsellesa, por los pasillos y las cubiertas. El camarero, sonriendo ante su asombro, acabó por explicar el acontecimiento: «Catorce de Julio». En los vapores alemanes se celebran como propias las grandes fiestas de todas las naciones que proporcionan carga y pasajeros. Sus capitanes cuidan escrupulosamente de cumplir los ritos de esta religión de la bandera y del recuerdo histórico. La más insignificante República ve empavesado el buque en su honor. Es una diversión más, que ayuda a combatir la monotonía del viaje y sirve a los altos fines de la propaganda germánica. Por primera vez la gran fecha de Francia era festejada en un buque alemán; y mientras los músicos seguían paseando por los diversos pisos, una Marsellesa galopante, sudorosa y con el pelo suelto, los grupos matinales comentaban el suceso.

-¡Qué finura! -decían las damas sudamericanas-. Estos alemanes no son tan ordinarios como parecen. Es una atención... algo muy distinguido. ¿Y aún hay quien cree que ellos y Francia van a golpearse?...

Los contadísimos franceses que viajaban en el buque se veían admirados, como si hubiesen crecido desmesuradamente ante la pública consideración. Eran tres nada más: un joyero viejo que venía de visitar sus sucursales de América, y dos muchachas comisionistas de la rue de la Paix, las personas más modositas y tímidas de a bordo, vestales de ojos alegres y nariz respingada, que se mantenían aparte, sin permitirse la menor expansión en este ambiente poco grato. Por la noche hubo banquete de gala. En el fondo del comedor, la bandera francesa y la del Imperio formaban un vistoso y disparatado cortinaje. Todos los pasajeros alemanes iban de frac y sus damas exhibían las blancuras de sus escotes. Los uniformes de los sirvientes brillaban como en un día de gran revista. A los postres sonó el repiqueteo de un cuchillo sobre un vaso, y se hizo el silencio. El comandante iba a hablar. Y el bravo marino, que

defensa de la capital durante las primeras operaciones de la guerra y es conocido por medidas como la movilización de taxis para el traslado de tropas.

43 Alude a los dirigibles rígidos alemanes llamados zepelines, aeronaves empleadas por Alemania en la Primera Guerra Mundial para reconocimiento y bombardeos estratégicos desde 1914 en adelante.

44 Hace referencia al cañón francés de campaña de 75 mm (Canon de 75 modèle 1897), artillería de tiro rápido muy famosa y ampliamente utilizada por Francia durante las primeras décadas del siglo XX y en la Primera Guerra Mundial.

45 Topónimo del capítulo: un pueblo ficticio donde transcurre la invasión que describe la novela, usado por Blasco Ibáñez como escenario rural para mostrar la violencia de la guerra.

46 Río del noreste de Francia que fue escenario de importantes batallas en la Primera Guerra Mundial (notablemente en 1914 y 1918) y que aquí se menciona como línea de retirada y cruce militar.

47 Kepis (gorro militar cilíndrico con visera) típico del uniforme francés de época; en el texto aparecen como manchas rojas que identifican a soldados por encima del paisaje.

48 Grito en alemán —«¡A París!»— que los soldados repiten como lema de avance; refleja la ambición militar de entrar en la capital francesa durante la campaña descrita.

49 Referencia a la batalla de Sedán (1870) en la guerra franco-prusiana, victoria decisiva prusiana que la tradición

militar alemana celebraba y que aquí se menciona como modelo histórico de triunfo.

50 Alusión a Moltke, nombre ligado a los famosos jefes prusianos (Helmuth von Moltke el Viejo y su sucesor), usado como ejemplo de estrategia militar; el texto no precisa cuál de los dos se invoca.

51 Organización humanitaria internacional (la Cruz Roja) cuyo emblema aparece en el castillo para indicar atención sanitaria; en la práctica protege hospitales según las convenciones pero no evita siempre los peligros de la zona de combate.

52 Expresión que designa al cuerpo de oficiales superiores encargado de la planificación y conducción de las operaciones militares (el Estado Mayor), aquí presente entre los que ocupan el castillo.

53 Denominación que aparece en un retrato: alude a una unidad de húsares (caballería ligera) con nombre e iconografía siniestra; varias tropas históricas usaron apelativos o insignias macabras (p. ej. totenkopf), aunque el texto no identifica una unidad real concreta.

54 Calle famosa de París, cercana a la Place Vendôme, conocida por sus tiendas de lujo y joyerías; su mención evoca el deseo alemán por las riquezas y el prestigio parisino.

55 Alusión al famoso cañón francés de campaña de 75 mm (modelo de 1897), apreciado por su cadencia de tiro y eficacia en la guerra moderna; en el texto se le menciona por su potencia destructora.

56 Nombre de un oficial alemán que aparece en el capítulo, miembro de la familia Hartrott; es un personaje de la novela

relacionado personalmente con el dueño del castillo.

57 Inscripción en alemán tal cual aparece en el texto; significa literalmente “(Bitte) nicht plündern” —«Por favor, no saquear»— y se usa como rótulo para intentar proteger la propiedad del despojo.

58 Costa y balneario en el suroeste de Francia, en la región vasco-francesa, históricamente popular entre clases acomodadas y cercano a la frontera con España.

59 Personaje alemán mencionado en el capítulo; en la novela es el marido de doña Elena y su tratamiento como “capitán” indica que se le presenta como oficial del ejército alemán.

60 El Ourcq es un río al noreste de París; las «orillas del Ourcq» fueron escenario de operaciones militares durante la batalla del Marne.

61 Término que designa a las unidades de caballería colonial francesa (spahis), reclutadas sobre todo en el Magreb y utilizadas por Francia en diferentes conflictos, incluidas movilizaciones en la Primera Guerra Mundial.

62 Nombre popular de los zouaves, unidades de infantería tradicionalmente asociadas con Argelia y otras colonias francesas, reconocidas por sus uniformes llamativos y su despliegue en campañas coloniales y en la Primera Guerra Mundial.

63 Hotel Drouot es la histórica casa de subastas de París, fundada en el siglo XIX y conocida por la venta de arte y antigüedades; durante la Primera Guerra Mundial acogió, entre otras ventas, subastas de bienes embargados o pertenecientes a residentes alemanes.

64 La batalla del Marne alude a combates decisivos de la Primera Guerra Mundial que detuvieron invasiones enemigas; probablemente se refiere a la Primera Batalla del Marne (septiembre de 1914), aunque hubo también una ofensiva importante en 1918.

65 Personaje del capítulo que acompaña a Lacour y a Desnoyers en la visita a las baterías; actúa como observador y participa en los intercambios con los militares.

66 Compañero humilde que acompaña al senador; en el texto se le menciona como propietario con 'locomóviles agrícolas' en sus estancias y es además padre de Julio Desnoyers, el sargento que aparece en las trincheras.

67 Personaje descrito en el texto como senador y padre de René; participa con emoción y orgullo en la visita a las unidades de artillería.

68 Alusión a los modelos de artillería francesa de 75 mm (los famosos '75'), piezas de campaña de tiro rápido ampliamente empleadas por Francia en la Primera Guerra Mundial.

69 Término coloquial y peyorativo usado por franceses para referirse a los soldados alemanes durante la Primera Guerra Mundial; en el texto aparece como designación del enemigo en las trincheras.

70 Condecoración militar francesa (en francés, Croix de Guerre) instituida durante la Primera Guerra Mundial para reconocer actos de valor ante el enemigo; se concedió tanto a individuos como a unidades por acciones distinguidas en combate.

71 Distinción militar que se otorga por actos de valor o méritos en campaña; en el contexto hispano se refiere a una